

A continuación encontrarás una muestra del libro
«El poder de la esposa que ora» del autor Stormie
Omartian.

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/poder-de-la-esposa-que-ora-el>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com





El poder de la
ESPOSA
que **ORA**

STORMIE
OMARTIAN



*Este libro está dedicado con amor
a mi esposo Michael,
quien de forma constante
me ha dado más de lo que
jamás yo hubiera pedido.
Tú y yo sabemos que
la oración funciona.*

Contenido

Prólogo	9
El poder	13
1. Su esposa	23
2. Su trabajo	45
3. Sus finanzas	51
4. Su sexualidad	57
5. Su cariño	63
6. Sus tentaciones.	69
7. Su mente.	75
8. Sus temores	81
9. Su propósito.	87
10. Sus decisiones	93
11. Su salud	97
12. Su protección	101
13. Sus pruebas	105
14. Su integridad	111
15. Su reputación	115
16. Sus prioridades	121
17. Sus relaciones	125
18. Su paternidad	131
19. Su pasado	137
20. Su actitud	143
21. Su matrimonio.	147

22. Sus emociones	153
23. Su camino	157
24. Su hablar.	161
25. Su arrepentimiento	165
26. Su liberación.	169
27. Su obediencia	173
28. El concepto que tiene de sí mismo.	179
29. Su fe	185
30. Su futuro.	189



Capítulo uno

Su esposa

Lo difícil de ser una esposa que ora, exceptuando el tiempo sacrificado, es mantener un corazón puro. Tiene que estar limpio delante de Dios para que puedas ver buenos resultados. Por este motivo es que orar por el esposo tiene que comenzar con la oración por su esposa. Si tú tienes resentimiento, enojo, falta de perdón, o una actitud impura, aunque haya un buen motivo para ello, tendrás dificultad para ver respuesta a tus oraciones. Pero si puedes entregarle esos sentimientos a Dios con toda honestidad y luego moverte en oración, no hay nada que pueda cambiar más dramáticamente el matrimonio. En ocasiones las esposas sabotean sus propias oraciones porque no oran con un corazón correcto. Esto me tomó un tiempo comprenderlo.

Mi oración favorita de dos palabras

Me gustaría poder decir que he estado orando con regularidad por mi esposo desde el principio de mi matrimonio hasta ahora. No lo he hecho. Al menos no como lo sugiero en este libro. He orado, las oraciones han sido cortas: “Protégelo, Señor”. Eran directas: “Salva nuestro matrimonio”. Pero, con más frecuencia, mi oración favorita de dos palabras era: “Cámbialo, Señor”.

Al principio de nuestro matrimonio, yo era una nueva creyente que salía de una vida de gran atadura y error y tenía mucho que aprender sobre el poder de Dios para librar y restaurar. Pensé que

El poder de la esposa que ora

me había casado con un hombre que estaba cerca de la perfección, y lo que no era perfecto era simpático. A medida que pasó el tiempo, lo simpático se convirtió en irritante y lo perfecto se convirtió en una perfección que atolondraba. Decidí que lo que más me irritaba de él tenía que cambiar, y entonces todo estaría bien.

Me tomó unos cuantos años comprender que mi esposo nunca iba a ajustarse a mi imagen; y unos años más para comprender que no podía hacerlo cambiar de *ninguna* manera. De hecho, no fue hasta que comencé a dirigirme a Dios con lo que me molestaba, que comencé a notar alguna diferencia. Y entonces, no sucedió de la manera que yo pensaba que sucedería. Yo fui la persona en la que Dios trabajó primero, y comencé a cambiar. Mi corazón tuvo que ser ablandado, humillado, apaleado, moldeado, y reconstruido antes de Él ni siquiera comenzar a trabajar en mi esposo. Yo tuve que aprender a ver las cosas de acuerdo a la manera en que Dios las veía, no como yo pensaba que debían ser.

Con el tiempo comprendí que es imposible entregarnos a la oración por el esposo sin primero examinar nuestro propio corazón. No podía ir a Dios y esperar respuestas a la oración si no perdonaba y guardaba amargura o resentimiento. No podía orar *mi* oración favorita de dos palabras sin asegurarme que en lo más recóndito de mi alma, había orado primero la oración de dos palabras favorita de Dios: “Cámbiame, Señor”.

¿Quién, yo?... ¿Cambiar?

No digas que no te avisé. Cuando oras por tu esposo, especialmente con la esperanza de que él cambie, con seguridad puedes esperar algunos cambios. Pero los primeros cambios no serán en *él* sino en *ti*. Si esto te enoja, como me pasó a mí, tú dirás: “¡Un momento! ¡Yo no soy la que necesita cambiar aquí!” Pero Dios ve cosas que nosotros no vemos. Él conoce dónde tenemos que mejorar. Él no tiene que buscar por mucho tiempo para descubrir actitudes y hábitos que están fuera de su perfecta voluntad para nosotros. Él requiere que nosotras no pequemos en nuestros corazones,

Su esposa

porque el pecado nos separa de Él y no recibimos respuestas a nuestras oraciones. “Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad, el Señor no me habría escuchado” (Salmo 66:18). Dios desea que nuestros corazones estén bien para que las respuestas a nuestras oraciones no sean comprometidas.

Este requisito es difícil cuando sientes que tu esposo ha pecado contra ti con falta de amabilidad, falta de respeto, indiferencia, irresponsabilidad, infidelidad, abandono, crueldad, o abuso. Pero Dios considera los pecados de falta de perdón, enojo, odio, auto-compasión, falta de amor, y venganza tan malos como cualquier otro. Confíesalos y pídele a Dios que te libre de cualquier cosa que no sea de Él. Uno de los mejores regalos que puedes dar a tu esposo es tenerte a ti por completo. La herramienta más efectiva para transformarlo puede que sea tu propia transformación.

No te preocupes, yo luché con todo esto también. De hecho, cada vez que mi esposo y yo llegábamos a un callejón sin salida, Dios y yo conversábamos más o menos de esta manera:

“¿Ves como es él, Señor?”

“¿Ves como *tú* eres?”

“Señor, ¿te refieres a que hay cosas que quieres cambiar en mí?”

“Muchas cosas. ¿Estás dispuesta a escucharlas?”

“Bueno, supongo”.

“Dime cuando estés en realidad dispuesta”.

“¿Por qué yo, Dios? Él es el que necesita cambiar”.

“El punto no es quién *necesita* cambiar. El punto es quién está *dispuesto* a cambiar”.

“Pero Dios, esto no es justo”.

“Yo nunca dije que la vida es justa, dije que yo soy justo”.

“Pero yo...”

“Alguien tiene que estar dispuesto a comenzar”.

“Pero...”

“¿Cuán importante es conservar tu matrimonio?”

“Muy importante. Las otras opciones no son aceptables”.

“He dicho. Comencemos cambiándote a ti”.

El poder de la esposa que ora

“Ayúdame a tener una buena actitud en cuanto a esto, Señor”.

“Eso depende de ti”.

“¿Tengo que orar por mi esposo aunque él no lo esté haciendo por mí?”

“Precisamente”.

“Pero eso no es... está bien, está bien, ya recuerdo. La vida no es justa. ¡Tú eres justo!”

(Silencio. Él está asintiendo con la cabeza desde el cielo.)

“Me rindo. Comienza. ¡Ay, esto va a ser doloroso! Ca...cambia... no puedo creer que estoy diciendo esto”.

(Profundo suspiro) “Cámbiame, Señor”.

¿Doloroso? ¡Sí! El morir a uno mismo siempre es doloroso. En especial cuando estás convencida de que la otra persona necesita cambiar más que tú. Pero este tipo de dolor te lleva a la *vida*. La otra opción es igual de dolorosa y su final es la muerte de un sueño, una relación, un matrimonio, y una familia.

Dios puede resucitar un matrimonio que está muerto, pero requiere que nosotras nos humillemos ante Él y que deseemos vivir a su manera: perdonando, siendo bondadosa y dando amor. Significa dejar ir el pasado y todo el dolor asociado con éste y estar dispuesta a perder la discusión para poder ganar la batalla. No estoy diciendo que tienes que volverte una persona carente de personalidad, sentimientos o pensamientos propios, o permitir que tu esposo te azote a su antojo. (De hecho, si te encuentras en cualquier tipo de peligro físico o emocional, aléjate de inmediato de esa situación y ve a un lugar seguro donde puedas recibir ayuda. Tú puedes orar desde allí mientras él recibe la ayuda que necesita.) La sumisión es algo que ofreces de corazón, no algo que se demanda de ti. Jesús dijo: “El que encuentre su vida, la perderá, y el que la pierda por mi causa, la encontrará” (Mateo 10:39). Pero entregar tu vida es algo que haces voluntariamente, *no* algo que se recibe de ti a la fuerza. Lo que estoy diciendo es que tu actitud tiene que ser: “Lo que tú deseas, Señor. Muéstramelo y yo lo haré”. Significa estar dispuesta a morir al yo y decir: “Cámbiame, Señor”.

El lenguaje primordial del amor

Algo increíble sucede a nuestros corazones cuando oramos por otra persona. La dureza se disipa. Podemos ir más allá del dolor, y perdonar. Incluso terminamos amando a la persona por la que estamos orando. ¡Es milagroso! Sucede porque cuando oramos entramos a la presencia de Dios y Él nos llena con su Espíritu de amor. Cuando oras por tu esposo, el amor de Dios hacia él crecerá en tu corazón. No solo eso, encontrarás amor creciendo en *su* corazón para *ti*, sin él ni siquiera saber que estás orando. Esto se debe a que la oración es el lenguaje primordial del amor. Comunica en maneras que nosotros no podemos. Yo he visto mujeres sin sentimientos de amor por sus esposos, y con el tiempo, a medida que oran esos sentimientos surgen. En ocasiones, ellos se sienten diferentes después de la primera oración sincera.

El hablar a Dios sobre tu esposo es un acto de amor. La oración da lugar al amor, el amor genera más oración, que a cambio produce más amor. Aunque tus oraciones no nazcan de motivos desinteresados por completo, se volverán más desinteresadas a medida que continúas orando. Te darás cuenta de que eres más amorosa en tus respuestas, y que los temas que antes causaban rencor entre ustedes no van a causarlo más. Podrán llegar a un acuerdo mutuo sin discutir. Esta unidad es vital.

Cuando no estamos unidos, todo se desbarata. Jesús dijo: “Todo reino dividido contra sí mismo quedará asolado, y toda ciudad o familia dividida contra sí misma no se mantendrá en pie” (Mateo 12:25). La oración trae unidad incluso cuando no están orando juntos. He visto desaparecer gran tensión entre mi esposo y yo, solo orando por él. También, preguntándole “¿Cómo puedo orar por ti?” trae un aspecto de amor y cuidado en la situación. Mi esposo por lo general se detiene y me responde con detalle cuando de otra manera nunca me contaría nada. Yo sé incluso de esposos no creyentes que responden positivamente a esa pregunta de sus esposas.

El punto en todo esto es que como esposo y esposa no deseamos tomar calles separadas. Anhelamos estar en el mismo camino

El poder de la esposa que ora

y ser compatibles, compañeros para toda la vida, y tener un amor que dure hasta el final de nuestras vidas. La oración, como el primordial lenguaje del amor, puede hacer que eso suceda.

Ni siquiera me gusta... ¿cómo puedo orar por él?

¿Has estado alguna vez tan enojada con tu esposo que lo último que deseabas hacer era orar por él? Yo también. Es difícil orar por alguien cuando estás enojada o esa persona te ha herido. Pero eso es exactamente lo que Dios desea que hagamos. Si Él nos pide que oremos por nuestros *enemigos*, ¿cuánto más debemos nosotros orar por la persona con quien nos hemos convertido en una y a la que se supone que amemos? ¿Pero cómo podemos pasar la falta de perdón y la actitud de crítica?

Para poder derrumbar las paredes en nuestros corazones y destruir las barreras que detienen la comunicación, tenemos que ser completamente honestas con el Señor acerca de nuestros sentimientos. No tenemos que “arreglarlos”. Él conoce la verdad y desea ver si estamos dispuestas a admitirlo y confesarlo como desobediencia a sus caminos. Si es así, Él tiene entonces un corazón con el cual puede trabajar.

Si estás enojada con tu esposo, díselo a Dios. No dejes que se convierta en un cáncer que crece con cada día que pasa. No digas: “Yo voy a vivir mi vida y dejar que él viva la suya”. Hay un precio que pagar cuando actuamos completamente independientes el uno del otro. “En el Señor, ni la mujer existe aparte del hombre ni el hombre aparte de la mujer” (1 Corintios 11:11).

Debes decir: “Señor, no deseo orar por este hombre. Confieso mi enojo, herida, falta de perdón, decepción, resentimiento y dureza de corazón hacia él. Perdóname y crea en mí un corazón puro y un espíritu recto delante de ti. Dame una actitud nueva hacia él: positiva, gozosa, amorosa, que perdona. Donde él ha errado, revélaselo y dale convicción en su corazón. Guíalo por el camino del arrepentimiento y la liberación. Ayúdame a no mantenerme

Su esposa

alejada de él emocional, mental o físicamente por causa de la falta de perdón, y ayuda a cualquiera de nosotros que necesite pedir perdón al otro por algún motivo. Si hay algo que no he visto y está empeorando este problema, revélamelo y ayúdame a comprenderlo. Quita cualquier tipo de confusión que los malentendidos o la mala comunicación hayan creado. Cualquier comportamiento en nosotros que sea necesario cambiarlo, te ruego que suceda ese cambio. A pesar de todo y que pienso que el enojo que siento hacia él es justificado, quiero hacer lo que *tú* desees. Te entrego todos estos sentimientos. Dame un nuevo sentimiento de amor para él y palabras para sanar esta situación”.

Si te sientes capaz, haz esta pequeña prueba y observa qué sucede. Ora por tu esposo cada día durante un mes, usando cada una de las treinta áreas de oración que he incluido en este libro. Ora un capítulo diario. Pídele a Dios que derrame sus bendiciones sobre él y los colme a ambos con su amor. Observa si tu corazón no se ablanda hacia él, si su actitud hacia ti no cambia también y si tu relación no es más calmada. Si tienes dificultad haciendo este tipo de compromiso de oración, míralo desde la perspectiva del Señor. El ver a tu esposo a través de los ojos de Dios, no sólo como tu esposo, sino como hijo de Dios, un hijo a quien el Señor ama, puede ser una gran revelación. Si alguien te llama y te pide que ores por su hijo, tú lo harías, ¿cierto? Bueno, Dios lo está pidiendo.

“Cállate y ora”

Hay tiempo para todo, nos dice la Biblia. Y esto nunca es más cierto que en el matrimonio, en especial en cuanto a nuestro vocabulario se refiere. Hay tiempo para hablar y tiempo para *no* hablar, y dichoso es el hombre cuya esposa puede discernir entre los dos. Cualquiera que ha estado casado por cierto tiempo, se da cuenta de que hay cosas que es mejor no decir. La esposa tiene la habilidad de herir a su esposo de forma más profunda que cualquier otra persona pueda hacerlo; y él puede hacer lo mismo a ella. No importa cuánto te disculpes después, las palabras no se

El poder de la esposa que ora

pueden borrar, solo se pueden perdonar, y no siempre es fácil hacerlo. En ocasiones, cualquier cosa que podamos decir solo entorpecerá lo que Dios desea hacer, así que es mejor callarse y orar.

Al principio cuando Michael y yo nos casamos, yo no decía mucho si sentía que había algo mal. Mantenía mis sentimientos ocultos. Después que nació nuestro primer hijo, comencé a expresarme más verbalmente. Pero mientras más formulaba mis objeciones y opiniones, más se resistía él y más discutíamos. Cualquier cosa que yo dijera no solo no lograba nada de lo que yo deseaba, sino que tenía el efecto contrario. Me tomó varios años aprender lo que millones de mujeres han aprendido a través de los siglos: ¡El regaño no funciona! El criticar no funciona. En ocasiones simplemente hablar no logra nada tampoco. He descubierto que la oración es lo único que *siempre* funciona. La seguridad que tienes en la oración es que tienes que pasar por Dios para hacerla. Esto significa que no puedes quedarte con una mala actitud, malos pensamientos, o motivos incorrectos. Cuando tú oras, Dios revela cualquier característica de tu personalidad que se resiste a Su orden de las cosas.

Mi esposo no va a hacer algo que él no desea hacer, y si termina haciéndolo, los miembros de su familia inmediata pagarán por ello. Si deseo que él haga algo, he aprendido a orar por eso hasta que tenga la paz de Dios en mi corazón *antes* de preguntarle. En ocasiones, Dios cambia mi corazón, o me muestra una forma diferente, para que así yo no tenga que decir nada. Si necesito decir algo, trato de no hacerlo de forma abrupta. Primero oro por la dirección de Dios.

Sin embargo, me tomó mucho tiempo darme cuenta. Sucedió un día cuando me leí en Proverbios, “Más vale habitar en el desierto que con mujer pendenciera y de mal genio” (Proverbios 21:19). Por *alguna razón* me impresionó.

“Pero, Señor”, le pregunté, “¿qué tal, ‘más vale ser reprendido con franqueza que ser amado en secreto’ (Proverbios 27:5) ‘¿Nosotras no tenemos que decirles a nuestros esposos cuándo algo está mal?’”

Su esposa

Él me respondió: “Todo tiene un momento oportuno; hay un tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo... un tiempo para callar, y un tiempo para hablar” (Eclesiastés 3:1,7). “El problema es que tú no conoces cómo hacerlo en amor”.

“Está bien, Señor”, le dije, “Muéstrame cuándo hablar y cuándo callarme y orar”.

La primera oportunidad para esto sucedió enseguida. Yo había comenzado un grupo de oración semanal para mujeres en mi casa, y cambiaba tanto las vidas que le sugerí a mi esposo que empezara un grupo similar para los hombres. Pero él no quería oír hablar de eso.

—Yo no tengo tiempo —fue su respuesta ya que no le gustaba la idea.

Mientras más hablaba del asunto, más se irritaba Michael. Después de recibir mis instrucciones de parte de Dios, de “cállate y ora”, decidí tratar esa estrategia. Dejé de hablar del asunto y comencé a orar. También pedí a mi grupo de oración que se unieran conmigo en esta petición. Pasaron más de dos años después que dejé de mencionárselo y comencé a orar, un día Michael me anunció, repentinamente, que estaba organizando un grupo de oración semanal para hombres. Ha estado funcionando desde entonces, y él aún no sabe que yo oré. Aunque tomó más tiempo del deseado, sucedió. Y hubo paz durante la espera, cosa que yo no habría tenido si no hubiese permanecido callada.

En la Biblia, la reina Ester oró, ayunó y buscó el tiempo de Dios antes de acercarse a su esposo, el rey, para tratar un asunto muy importante. Había mucho en juego y ella lo sabía. Ester no salió corriendo y gritando: “¡El matón de tu amigo nos va a arruinar nuestras vidas!” Ella oró primero y luego le ministró amor a él, mientras Dios preparaba su corazón. El Señor siempre nos dará palabras para hablar, y nos mostrará cuándo decir las, si le preguntamos. El momento lo es todo.

He conocido personas que usan la excusa “solo soy honesta” para devastar a otros con sus palabras. La Biblia dice: “El necio da rienda suelta a su ira, pero el sabio sabe dominarla” (Proverbios

El poder de la esposa que ora

29:11). En otras palabras, es imprudente compartir cada pensamiento y sentimiento. El ser honesto no significa que tienes que ser completamente franca en cada comentario. Eso le hace daño a las personas. Mientras que la honestidad es un requisito para un matrimonio de éxito, decirle a tu esposo todo lo que encuentras mal en él, no es solo un consejo enfermizo, sino que posiblemente esto no revela toda la verdad. La verdad total viene de la perspectiva de Dios, y Él, sin lugar a dudas, no tiene los mismos problemas con la forma de actuar de tu esposo que tienes tú. Nuestra meta no debe ser lograr que nuestros esposos hagan lo que nosotras queremos, sino más bien, debemos entregárselos a Dios para que Él haga en ellos lo que desea hacer.

Debes tener cuidado de reconocer entre lo que está bien y lo que está mal. Si no cae con claridad en una de esas dos categorías, guarda tus opiniones u ora por ellas, y luego según te dirija el Señor, revélalas para una discusión apacible. La Biblia dice: “No te apresures ni con la boca ni con la mente, a proferir ante Dios palabra alguna; él está en el cielo y tú estás en la tierra. Mide, pues, tus palabras” (Eclesiastés 5:2). Hay momentos cuando nosotras sólo debemos escuchar y no dar ninguna opinión, debemos apoyar y no ofrecer crítica constructiva.

No estoy sugiriendo ni por un momento que te conviertas en una simple alfombra donde uno se limpia los pies, que ni siquiera se enfrenta a su esposo con la verdad; en especial cuando esta es para su bienestar. Por supuesto que tienes que comunicar con claridad tus pensamientos y sentimientos. Pero una vez que él los ha escuchado, no continúes acosándolo hasta que se convierta en un tema de discusión y contienda.

Si tienes que decir palabras que son difíciles de escuchar, pídele a Dios que te ayude a discernir cuándo tu esposo estará en mejor disposición para escucharlas. Ora por las palabras correctas y para que su corazón esté receptivo por completo. Yo sé que es difícil hacerlo si tienes unas cuantas palabras que te mueres por decir. Pero aun con lo difícil que parezca, es mejor dejar que Dios las escuche primero para que Él las suavice con su Espíritu. Esto es muy cierto

Su esposa

cuando el diálogo ha cesado y cada palabra solo trae más dolor. Yo hubiera deseado aprender más temprano a orar antes de hablar. Muy a menudo, mis palabras desataron una reacción defensiva en mi esposo y produjeron palabras hirientes de las que ambos nos arrepentimos. Él recibió mis sugerencias como que lo estaba presionando para que hiciera algo o fuera alguien, aunque en mi corazón siempre le deseé lo mejor, tuvo que venir a él de parte de Dios.

Cuando nosotros vivimos por el poder de Dios en lugar de nuestra carne, no tenemos que luchar por poder con nuestras palabras. “Porque el reino de Dios no es cuestión de palabras sino de poder” (1 Corintios 4:20). Las palabras que nosotros hablamos no son las que hacen la diferencia, es el poder de Dios que las acompaña. Te sorprendería cuánto poder tienen tus palabras cuando oras antes de decirlas y estarías aun más sorprendida con lo que puede suceder cuando te callas y dejas que Dios actúe.

Creyente o no

Si tu esposo no es creyente, tú ya sabes cuánto bien hace el seguir hablándole sobre el Señor, si él no respondió cuando lo hiciste las primeras veces. No quiere decir que no puedes decirle nada, pero si lo que tú dices él lo recibe con indiferencia o irritación, el próximo paso es mantenerte callada y orar. La Biblia dice que la esposa puede ganarse al esposo sin palabras, porque el comportamiento que él observa en ella dice más que sus palabras. “De modo que si algunos de ellos no creen en la palabra puedan ser ganados más por el comportamiento de ustedes que por sus palabras, al observar su conducta íntegra y respetuosa” (1 Pedro 3:1,2).

Dios dice que Él habla de cosas que no son como si fuesen. Tú también puedes hacerlo. Puedes decir: “No voy a fingir, sino voy a hablar todas las cosas que *no* son parte de la vida de mi esposo como si ellas *fuesen* parte de la misma. Aunque él no tiene fe, voy a orar por él como si la tuviese”. Por supuesto que no puedes forzarlo a que haga algo que no quiere hacer, pero tú puedes tener acceso al poder de Dios, por medio de la oración, para que su voz

El poder de la esposa que ora

penetre el alma de tu esposo. No importa cuánto tiempo tengas que orar por tu esposo para que venga al conocimiento del Señor, aunque le tome toda su vida, el tiempo no será desperdiciado. Mientras tanto, ya sea que tu esposo es creyente o no, tú aún puedes orar todas las oraciones que aparecen en este libro para él y esperar ver respuestas significantes.

Para crear un hogar

A mí no me importa lo liberada que seas, cuando te casas siempre habrá dos áreas que, en última instancia, serán tu responsabilidad: el hogar y los hijos. Incluso si eres la única que trabaja y tu esposo se queda en la casa para mantenerla en orden y atender a los hijos, aún se esperará de ti que el corazón del hogar sea un santuario de paz, una fuente de contentamiento, aceptación, rejuvenecimiento, educación, descanso y amor para tu familia. Además de esto, también se espera de ti que seas sexualmente atractiva, buena cocinera, una gran madre, y saludable física, emocional y espiritualmente. Es abrumador para la mayoría de las mujeres, pero las buenas noticias son que no tienes que hacerlo todo tú sola. Tú puedes buscar la ayuda de Dios.

Pídele al Señor que te muestre cómo hacer de tu hogar un refugio seguro que edifique a tu familia; un lugar donde fluya la creatividad y la comunicación sea continua, y que te ayude a mantener tu casa limpia, la ropa lavada, la cocina en orden, la alacena y la nevera llena, y las camas hechas. Estas son cosas básicas por las que el hombre puede que no felicite a su esposa por ellas todos los días (o nunca), pero él notará si *no* están hechas. Puede que mi esposo no busque en el armario una bombilla eléctrica o una batería durante meses. Pero cuando lo hace, él desea que esté allí. Ni tampoco desea llegar tarde del trabajo a la casa y encontrar que no hay pan para hacerse un emparedado. Hago lo mejor posible para asegurarme que está allí. Le pido a Dios que me ayude a mantener la casa en una forma que mi esposo encuentre agradable regresar al hogar y traer a sus amigos. No es necesario tener muebles

Su esposa

costosos o traer un decorador para hacer todo esto. Mi primera casa era pequeña y tenía muebles de segunda mano que compré en una venta de artículos usados. Yo misma pinté todo el lugar (con la ayuda de una amiga), y lo hice lucir atractivo. Sólo es necesario pensar en el asunto y un poco de cuidado.

Parte de convertir una casa en un lugar acogedor es permitiéndole a tu esposo que sea la cabeza para que tú puedas ser el corazón. El tratar de ser ambos es demasiado. Dios puso al esposo como la cabeza de la familia, ya sea que se lo merezca o no, y no importa que él se levante para tomar su posición o no. Es el orden de Dios de las cosas. Esto no significa que una posición es más importante que la otra. Ambas trabajan juntas. Si tu esposo es la cabeza de la casa, tú tienes que dejarle ese liderazgo. Si tú vas a ser el corazón del hogar, tienes que tomar los pasos necesarios para hacerlo, inclusive si eres la parte principal que contribuye financieramente al mantenimiento del hogar. El tratar de hacer lo contrario mantiene una lucha constante.

Esto no significa que la esposa no puede trabajar y el esposo no puede cuidar del hogar; es la actitud del corazón y la cabeza la que hace la diferencia. Hubo semanas enteras, durante el final de cada libro que he escrito, que mi esposo cuidó de la casa y los niños para que yo pudiera cumplir con la fecha fijada. Esto nunca minimizó su función de líder o causó que yo usurpara su posición. Fue algo que él hizo para mí. Hubo momentos en que él necesitó que yo trabajara para él descansar. Yo lo hice por él. Es un equilibrio delicado para la mayoría de las personas, así que es mejor orar para que la integridad de las dos posiciones en el hogar, la cabeza y el corazón, no sea comprometida.

Mantener el orden en la casa no significa que tiene que estar perfecta, pero no debiera estar fuera de control. Si tú estás trabajando tan fuerte como él para traer a casa un sueldo, las responsabilidades debieran ser compartidas en el hogar. Si él no desea compartirlas, gastar cierta cantidad de dinero para que otra persona te ayude unas cuantas horas a la semana, es mucho más económico que un divorcio, un quiropráctico, un terapeuta, un médico o un funeral. Pídele a Dios que te muestre sobre eso.

El poder de la esposa que ora

Todo lo que yo he dicho sobre el hogar también va dirigido a tu cuerpo, alma y espíritu. Se debe invertir algún esfuerzo en mantenerlos. En una ocasión escuché en un programa radial a una mujer que llamó para quejarse con un psicólogo popular, de que su esposo le había dicho que ya no la encontraba atractiva. Él le dijo: “¿Qué estás haciendo para lucir atractiva?” La persona que llamó no tuvo respuesta. El punto es, que ser atractiva no sucede solo. Incluso la mujer más maravillosa del mundo hace mucho para mantener su atractivo. La reina Ester fue una de las mujeres más bellas en su país, y ella pasó un año embelleciéndose antes de conocer al rey.

Nosotras tenemos que hacernos esa misma pregunta. “¿Qué estoy haciendo para lucir más atractiva para mi esposo?” ¿Me mantengo limpia y con un olor agradable? ¿Me aseguro de que mi ser interior esté limpio y rejuvenecido con ejercicios regulares? ¿Conservo mi fuerza y vitalidad con una dieta saludable? ¿Me visto de forma atractiva? Y más importante: Paso tiempo a solas con Dios cada día? Yo te garantizo que mientras más tiempo pases con el Señor, más radiante lucirás. “Engañoso es el encanto y pasajera la belleza; la mujer que teme al Señor es digna de alabanza” (Proverbios 31:30).

No puedes darte el lujo de no hacer esta inversión en ti misma, en tu salud y en tu futuro. No es algo egoísta hacerlo. Es egoísta *no* hacerlo. Ora para que Dios te muestre qué pasos debes tomar y luego te capacite para tomarlos. Invita al Espíritu Santo a que more en ti y en tu hogar.

Deja ir las expectativas

Al poco tiempo de estar casados, mi esposo me llamó del trabajo y me dijo que deseaba que preparara cierto plato con pollo para la cena. Fui a la tienda, compré la comida, la preparé, y cuando llegó a casa, él entró por la puerta y me dijo con franqueza:

—No tengo deseos de comer pollo esta noche, quiero costillas de cordero.

Su esposa

No necesito decirte los pensamientos que pasaron por mi mente porque estoy segura de que ya tú los conoces. Este no fue un incidente aislado. Casos similares sucedieron con demasiada frecuencia. No puedo contar el número de veces que Michael me prometió estar en casa para cenar y llamó diez minutos *después* que la cena estaba lista, para decirme que él iba a trabajar hasta tarde y saldría a comer con sus compañeros. Al fin aprendí que no valía la pena molestarse, herirse o guardar resentimiento. Eso solo hacía las cosas peor. Lo ponía a la defensiva porque él pensaba que yo no entendía su situación. Comprendí que era más saludable para ambos si yo arreglaba lo que esperaba de él. Desde ese momento en adelante, preparaba la comida como si fuera solo para los niños y para mí. Si Michael podía unirse a nosotros, era una agradable sorpresa. Si no lo hacía, podía vivir con eso.

He aprendido que cuando suceden cosas que me decepcionan, es mejor que me acuerde de las buenas cualidades de mi esposo. Recuerdo como a veces él me ayuda con los quehaceres de la casa y la cocina. Él es fiel y no me da razón para dudarle; es un creyente que va a la iglesia, lee la Biblia, ora, y tiene altos valores morales. Él nos ama a nuestros hijos y a mí; usa sus talentos para la gloria de Dios; es un proveedor bueno y generoso. Las cosas pudieran estar mucho peor, así que no me voy a quejar de si él está en casa para cenar o no.

Pienso que si pudiera ayudar a una nueva esposa en alguna área, sería desanimándola para que no entrara al matrimonio con una larga lista de expectativas, ya que luego ella se molestará cuando su esposo no las cumpla. Por supuesto hay ciertas cosas básicas en las que deben estar de acuerdo antes de la fecha de la boda, tales como fidelidad, apoyo financiero, honestidad, bondad, decencia básica, altos niveles de moral, amor físico y emocional, y protección. Cuando tú no recibes esas cosas, puedes pedir las. Incluso cuando no las recibas puedes orar; pero en cuanto a específicos se refiere, tú no puedes exigir que una persona cumpla con todas tus expectativas. La presión para hacer eso y cumplir tus sueños al mismo tiempo puede ser abrumador para un hombre. En su

El poder de la esposa que ora

lugar, lleva tus necesidades a Dios en oración y busca en *Él* las respuestas. Si nosotras tratamos de controlar a nuestros esposos y tenemos una larga lista por la que ellos tienen que guiarse en la vida, y luego nos enojamos y decepcionamos cuando ellos no pueden cumplirla, entonces, *nosotras* somos las que estamos equivocadas. Los mayores problemas en mi matrimonio ocurrieron cuando mis expectativas de lo que yo pensaba que Michael debiera ser o hacer, no coincidieron con la realidad de quién él era.

Deja ir tantas expectativas como te sea posible. Los cambios que tú desees ver en tu esposo, o que él trata de hacer para agradarte, están destinados al fracaso y les traerán desencanto a ambos. En su lugar, pídele a Dios que haga los cambios que sean necesarios. Él hará un mejor trabajo porque “Sé además que todo lo que Dios ha hecho permanece para siempre; que no hay nada que añadirle ni quitarle; y que Dios lo hizo así para que se le tema” (Eclesiastés 3:14). Acepta a tu esposo de la forma que él es y ora por él para que crezca. Luego cuando suceden los cambios, será porque Dios ha obrado en él y serán duraderos. “Solo en Dios halla descanso mi alma; de él viene mi esperanza” (Salmo 62:5). Tus mayores expectativas deben venir de Dios, no de tu esposo.

Con todo el respeto

Es interesante que Dios requiere que el esposo *ame* a su esposa, pero a la esposa le requiere que *respete* a su esposo. “En todo caso, cada uno de ustedes ame también a su esposa como a sí mismo, y que la esposa respete a su esposo” (Efesios 5:33). Yo supongo que ninguna mujer se casaría con un hombre que ella no ama, pero muy a menudo una esposa pierde el respeto por su esposo después que han estado un tiempo casados. La pérdida del respeto parece preceder a la pérdida del amor y le hace más daño a un hombre de lo que nosotras creemos.

Las consecuencias de perder el respeto al esposo pueden ser muy serias. La esposa del rey David, Mical, vio a su esposo danzar de gozo delante del Señor enfrente del pueblo, sin sus vestiduras

Su esposa

reales y en ropa interior, mientras que el arca del pacto era traída a la ciudad. Mical no solo no compartió su gozo, sino que sintió desprecio por él (2 Samuel 6:16). Ella se volvió crítica en lugar de tratar de comprender la situación de la perspectiva de Dios, y pagó un precio alto por su falta de respeto; el juicio de Dios causó que ella nunca pudiera tener hijos. Yo creo que nosotras no solo podemos traer derrota a nuestro matrimonio y esposos cuando no le tenemos respeto, sino que cierra la puerta para una nueva vida en nosotras también.

En otro ejemplo, la reina Vasti rehusó ir delante de la presencia del rey cuando él lo ordenó. El rey tenía una fiesta para sus amigos, él estaba con ánimo de fiesta, y quería exhibir a su bella esposa. Todo lo que él le pedía era que ella se pusiera su vestimenta real y su corona, y que hiciera acto de presencia ante las personas que él estaba atendiendo. Ella no aceptó, sabiendo muy bien que sería algo humillante para él. “Pero cuando los eunucos le comunicaron la orden del rey, la reina se negó a ir. Esto contrarió mucho al rey, y se enfureció” (Ester 1:12). El resultado fue que Vasti perdió su posición como reina. Ella no solo le hizo daño a su esposo, el rey, sino al pueblo también. A menos que la esposa desee perder su posición como reina del corazón de su esposo, y herir a su familia y amistades cercanas, ella no puede humillar a su esposo, no importa lo mucho que piense que él se lo merece. El precio es muy alto.

Si esto ya te ha sucedido, y sabes que tú le has mostrado falta de respeto a tu esposo, confíesalo a Dios ahora mismo. Dile: “Señor, confieso que no estimo a mi esposo de la manera que dice tu Palabra. Hay una pared en mi corazón que yo sé fue erigida como protección para no ser herida. Pero estoy lista a derrumbarla para que mi corazón pueda sanar. Confieso las veces que he mostrado falta de respeto hacia él; y que esta actitud y palabras indebidas son un pecado en contra tuya. Muéstrame cómo desarmar esta barrera que hay sobre mis emociones, que me impide tener el amor incondicional que tú deseas que tenga. Derriba las paredes de dureza alrededor de mi corazón y muéstrame cómo respetar a mi

El poder de la esposa que ora

esposo de la forma que tú desees que lo haga. Dame *tu* corazón para él, Señor, y ayúdame a verlo de la forma que tú lo ves”.

El orar de esta forma te libera para que puedas ver el potencial de tu esposo para cosas grandes, lo opuesto a sus faltas. Te capacitará para decir algo positivo que te animará, edificará, te dará vida, y hará de tu matrimonio algo mejor. El amor disminuye si meditamos en lo negativo y crece si nos concentramos en lo positivo. Cuando tienes el corazón de Dios para con tu esposo, podrás ver a través de ojos nuevos. Hay momentos cuando no puedes comprender qué se trae tu esposo, qué está sintiendo, y por qué está haciendo las cosas que hace, a menos que tengas el discernimiento de Dios. Pídele a Dios que te lo dé.

Cuando estás orando por ti misma –su esposa–, recuerda este modelo de buena esposa de la Biblia. Dice que ella cuida de su casa y la dirige bien. Sabe cómo comprar y vender y toma decisiones sabias. Ella se mantiene saludable y fuerte y se viste atractiva; trabaja con diligencia y tiene habilidad para comerciar. Ayuda a los necesitados y se prepara para el futuro. Contribuye a la buena reputación de su esposo. Es fuerte, firme, honorable y no tiene temor de envejecer. Habla con sabiduría y bondad. No es ociosa y está atenta a la marcha de su hogar. Sus hijos y su esposo la alaban. Ella no descansa en encantos y belleza, conoce que el temor del Señor es lo más atractivo. Apoya a su esposo y aún tiene una vida propia fructífera que dice mucho de ella (Proverbios 31).

Esta es una mujer maravillosa, la clase de mujer que podemos ser solo a través de la capacitación de Dios y de nuestra propia entrega. En resumen es una mujer en quien su esposo puede confiar porque “ella le es fuente de bien, no de mal, todos los días de su vida”. Yo creo que el “bien” mayor que una esposa puede hacer por su esposo es orar. ¿Vamos a hacerlo?



Oración

Señor, ayúdame a ser una buena esposa. Comprendo que no tengo lo que es necesario para ser así si no tengo tu ayuda. Toma mi egoísmo, impaciencia e irritabilidad y tórnala en bondad, templanza y deseo de sobrellevar todas las cosas. Toma mis viejos hábitos emocionales, forma de pensar, reacciones automáticas, suposiciones rudas, y postura de autoprotección y hazme paciente, bondadosa, buena, fiel, gentil y con dominio propio. Toma la dureza de mi corazón y rompe las paredes con tu ariete de revelación. Dame un nuevo corazón y obra en mi tu amor, paz, y gozo (Gálatas 5:22,23). Yo no puedo subir más alto de donde estoy en este momento. Solo tú puedes transformarme.

Muéstrame dónde hay pecado en mi corazón, en especial relacionado con mi esposo. Confieso que a veces he sido poco amable, crítica, he estado enojada, resentida, le he faltado al respeto, o no lo he perdonado. Ayúdame a poner a un lado cualquier herida, enojo o desencanto que pueda sentir y perdonarlo como tú lo haces, de forma total y completa, sin mirar hacia atrás. Hazme un instrumento de reconciliación, paz, y sanidad en mi matrimonio. Capacítanos para comunicarnos bien y rescátanos de la trinchera de la separación donde comienzan las realidades del divorcio.

Haz que yo sea para mi esposo la ayuda idónea, compañera, defensora, amiga y apoyo. Ayúdame a crear para él un lugar apacible de descanso para cuando regrese a casa. Enséñame a cuidar de mí y mantenerme atractiva para él. Hazme una mujer creativa y segura de mí misma, rica de mente, alma y espíritu; una mujer que él pueda presentar con orgullo como su esposa.

El poder de la esposa que ora

Dejo todas mis expectativas en tu cruz. Le quito la carga de que tiene que complacerme en áreas en las que debiera mirarte a ti. Ayúdame a aceptarlo como es y no tratar de cambiarlo. Comprendo que en algunas cosas él nunca cambiará, pero al mismo tiempo, lo dejo libre para que cambie en aquellas cosas que nunca pensé que pudiera hacerlo. Dejo cualquier cambio que sea necesario, que sea hecho por tus manos, y acepto que ninguno de nosotros es perfecto y nunca lo seremos. Solo tú, Señor, eres perfecto, y pongo mis ojos en ti para que nos perfecciones.

Enséñame a orar por mi esposo y haz de mis oraciones un verdadero lenguaje de amor. Donde el amor ha muerto, crea un nuevo amor entre nosotros. Muéstrame lo que el amor incondicional es en realidad y cómo comunicarlo de forma que él lo perciba con claridad. Trae unidad entre nosotros para que podamos estar de acuerdo en todas las cosas (Amós 3:3). Que el Dios de la paciencia y el consuelo nos conceda que tengamos el mismo pensamiento el uno hacia el otro, de acuerdo a Cristo Jesús (Romanos 15:5). Haz de nosotros un equipo, que no busquemos vidas separadas, competitivas o independientes, sino más bien trabajando juntos, sin estar atentos a la falta de cada uno y las debilidades para el bienestar del matrimonio. Ayúdanos a buscar las cosas que dan paz con las que podamos edificarlos el uno al otro (Romanos 14:19). Que podamos estar “en armonía y que no haya divisiones entre nosotros, sino que nos mantengamos unidos en un mismo pensamiento y en un mismo propósito” (1 Corintios 1:10).

Oro para que nuestro compromiso contigo y del uno para el otro crezca fuerte y con más pasión cada día. Capacítalo a él para que sea la cabeza del hogar como tú lo creaste, y muéstrame cómo apoyarlo y respetarlo a medida que él asciende al puesto de liderazgo.

Su esposa

Ayúdame a comprender sus sueños y ver las cosas desde su perspectiva. Revélame lo que él desea y necesita, y muéstrame los posibles problemas antes que estos surjan. Sopla tu vida en mi matrimonio.

Hazme una nueva persona, Señor. Dame una perspectiva fresca, un punto de vista positivo, y una relación renovada con el hombre que tú me has dado. Ayúdame a verlo con ojos nuevos, nueva apreciación, nuevo amor, nueva compasión, y nueva aceptación. Dale a mi esposo una nueva esposa, y déjame ser ella.



HERRAMIENTAS DE PODER

Por eso les digo, crean que ya han recibido todo lo que estén pidiendo en oración, y lo obtendrán. Y cuando estén orando, si tienen algo contra alguien, perdónenlo, para que también su Padre que está en el cielo les perdone a ustedes sus pecados.

Marcos 11:24-25

Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre.

Mateo 7:7,8

Con sabiduría se constuye la casa; con inteligencia se echan los cimientos. Con buen juicio se llenan sus cuartos de bellos y extraordinarios tesoros. El que es

El poder de la esposa que ora

sabio tiene gran poder, y el que es entendido aumenta su fuerza.

Proverbio 24:3,4

No nos cansemos de hacer el bien, porque a su debido tiempo cosecharemos si no nos damos por vencidos.

Gálatas 6:9